

tran enlazados con la Iglesia, colocados á la sombra de la Iglesia, pegados sus edificios á los edificios de la Iglesia, y si no los hallan siempre vigilados, dirigidos por los prelados de la Iglesia.

Y al pensar en los grandes beneficios que por este medio se proporcionan á la humanidad desgraciada, al recordar que este medio es escogitado y realizado por la Iglesia, y que cuando ella empezaba á ejercer con libertad su accion y á desenvolver en grande sus planes, se atravesó de por medio el trastorno que sumergió en un cáos la sociedad, ¿no puede tenerse á gran dicha, que en los calamitosos tiempos que siguieron á aquella catástrofe, se reunieran en manos de la Iglesia pingües riquezas, que le suministraran medios de hacer el bien en abundancia, enseñando á los pueblos el hacerlo de manera que asegurando el provecho, y regularizando los beneficios de la caridad sobre bien entendidos sistemas, evitase los inconvenientes y el desperdicio que consigo lleva no pocas veces, la beneficencia ejercida sin plan, y como al acaso? Al recorrer la historia de aquellos tiempos, en que las leyes estaban sin fuerza, las costumbres sin freno, las violencias sin dique, los corazones sin compasion ni ternura, ¿quién no se ha detenido con placer en aquel hermoso hecho que nos consigna la historia, de que casi todos los monasterios y casas de canónigos regulares tenian anecosos hospicios, que ofrecian un asilo al pobre, un albergue al peregrino, y hospitales donde el desvalido enfermo en-

contraba consuelo y remedio? Quien conozca que para la instruccion y educacion de los pueblos pueden mas los ejemplos que las palabras, y los hábitos que las leyes, ¿podrá dudar que semejantes establecimientos, que eran como una leccion continua y elocuente de amor y fraternidad, no ejercieran un eficacísimo influjo para suavizar las costumbres, hermanar los ánimos, y preparar dias mas apacibles y venturosos? ¿Quién no bendice entonces á la previsora y bondadosa Providencia que habia dispuesto en beneficio de la humanidad, que las riquezas pararan á manos de aquellos hombres, que conservaban luz en su entendimiento, virtudes y ternura en su corazon? A no ser así ¿qué pudiera hacer la Iglesia en favor del pobre y del enfermo? ¿cómo pudiera enlazarse su nombre con el de ninguna fundacion de establecimientos de beneficencia? ¡oh! ¡y cómo careciera de uno de los mas bellos adornos de su frente, en no pudiendo honrarse con el título de aliviadora de todas las desgracias!

IV.

Cuanto hayan contribuido á la formacion y organizacion de la Europa moderna las riquezas de la Iglesia, bastante se ha manifestado en la serie de consideraciones que acabo de emitir; pero está

muy lejos de haberse agotado la materia, y penetrando con espíritu de observacion en aquellos tenebrosos tiempos, precediéndonos la antorcha de la filosofia en manos de la imparcialidad, aun podremos recoger otros hechos, que suministrarán abundante pábulo á profundas meditaciones, y éstas nos conducirán naturalmente á descubrir otros puntos de vista tan nuevos, como vastos é interesantes.

Entraré en cuestion con toda libertad é independencia, ni será parte á embarazarme el que en algun punto de la mayor gravedad, haya de encontrarme en abierta oposicion con uno de aquellos hombres, que en tales materias, han llegado á ser para muchos un testo de irrecusable autoridad. Respeto el mérito donde quiera que le encuentre; y si es grande, me admira y arrebatá; pero jamas he podido avenirme con ese apocamiento que entre nosotros cunde con nombre de libertad, que proclama sin cesar ilimitada la independencia del pensamiento, y sin embargo, no se atreve nunca á pensar por sí mismo, y á ecsaminar las cosas de cerca, sino que defiriendo en las mas altas materias á la palabra de algunos autores, no se toma la pena siquiera de estudiarlas. ¡Cosa notable! Muchos hombres se glorían de pensadores libres, solo porque no escuchan la voz de la Religion; y si bien se los observa, vese con toda claridad que su espíritu se arrastra servilmente en pos de la huella de otro hombre. A nosotros los católicos tambien nos gusta la liber-

tad de pensar; pero la libertad bien entendida, la libertad que no traspasa las grandes leyes que Dios ha dictado á los espíritus; tambien nos place el surcar dilatados mares, el visitar nuevas playas, y sin que nos asusten los bramidos de la mar, seguimos atrevidamente nuevos rumbos, y acometemos grandes viages; pero sabemos que el piélago es tormentoso, que á veces se cubre de espesas tinieblas, y que arrastradas las naves por precipitadas corrientes, por furiosos huracanes, corren peligro de estravío y naufragio: por esto no soltamos jamas la brújula de la mano, y esta brújula es nuestra fé. Pero prosigamos, y perdone el lector la digresion, reflexionando, que cuando el pecho está lleno rebosa.

El hecho histórico que voy á analizar nos descubrirá preciosas verdades sobre los beneficios proporcionados á la humanidad por la misma abundancia de riquezas de la Iglesia; nos dará una idea mas clara de la posicion en que ella se encontró, á causa del carácter y circunstancias de los pueblos que la rodeaban, y arrojará bastante luz sobre la legislacion canónica con respecto á los bienes, descubriendo la conveniencia y necesidad de ciertas disposiciones, que á algunos podrian parecerles demasiado terrenas. En el estudio del derecho tanto civil como canónico, es una escelente lumbrera la filosofia de la historia.

Se ha dicho que los Germanos llevaban consigo un vivo sentimiento de independencia personal, que no se hallaba en ninguna otra parte, ni en el Im-

perio, ni en la Iglesia, ni en ninguna de las civilizaciones antiguas; sentimiento que depositado en el seno de la Europa, é inoculado en las costumbres de los pueblos, habia ejercido fuerte y saludable influencia en el desarrollo de la civilizacion. Si pedís que sobre el particular se os suministre algo que pueda fijar vuestra idea, ó que cuando menos se os tracen algunos rasgos característicos que os den á conocer ese sentimiento, se os advertirá ante todo, que nada ha quedado de las costumbres de los bárbaros; que ni un recuerdo de su estado social ha sobrevivido á tantos siglos; que nos vemos precisados á adivinar, á interpretar remotísimos monumentos históricos, á suplir con un atrevido esfuerzo de imaginacion lo mucho que nos falta para la esplicacion de aquel estado social; y luego se os añadirá que este sentimiento es el placer de la independencia individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de los lances y aventuras del mundo, los goces de una actividad sin trabajo, la inclinacion á una vida errante llena de imprevision, de desigualdad, de riesgos infinitos; que en esta necesidad imperiosa de independencia personal, habia algo de mas material, mas grosero de lo que nos presentan los cuadros trazados por M. Thierry; que dominaba en los bárbaros del Norte cierto grado de brutalidad, cierta propension á la embriaguez, cierta apatía; pero luego se os dirá con serenidad, que á pesar de esa confusa mezcla de brutalidad y de egoismo

estúpido, se conoce que aquella pasion por la independencia individual, es un sentimiento noble cuyo poder se deriva totalmente de la parte superior de la naturaleza moral del mismo hombre, que es hija del placer de sentirse hombre, del orgullo de comprender toda su dignidad, del sentimiento y poder de su libre desenvolvimiento en sus facultades.

A buen seguro que si con tan negras pinceladas se nos pinta el principio fecundo de civilizacion, difícil se nos hará de creer que haya sido gérmen de hermosos resultados; y ni las civilizaciones antiguas, ni el Imperio, ni la Iglesia, se lo envidiarán á los bárbaros Germanos; y por cierto que todos los hombres que no se dejen deslumbrar por palabras, pensarán que todo lo que haya contribuido á contrariar el incremento y desarrollo de este gérmen, de este individualismo, habrá acarreado grandes beneficios á la sociedad y al individuo. Para conocer mejor este hecho, será necesario alumbrarle algun tanto, quitarle con la austeridad de la razon el velo poético que le encubre, y aclarando las ideas y fijando las palabras, andaremos con mas soltura, mas desembarazo, sin tanto riesgo de extravíos, tropiezos y caidas.

Ahora bien: ¿qué venia á ser este sentimiento? ¿era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situacion social? ¿era tal vez un sentimiento que se halle en todos lugares y tiempos, pero modificado á la sa-

zon por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo ó de injusto, de noble ó degradante, de provechoso ó nocivo? ¿qué bienes llevó á la sociedad, qué males; y estos, cómo se combatieron, por quién y por qué medios? ¿con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí; pero no traen sin embargo, la complicacion que pudiera parecer; aclarada una idea fundamental, las demas se desenvolverán muy fácilmente; y simplificada la teoría, vendrá luego la historia en su confirmacion y apoyo; y ¿quién lo dijera! al examinar todo esto, nos encontraremos con las riquezas del clero, y dispensando grandes beneficios al individuo y á la sociedad.

Hay en el fondo del corazon del hombre un sentimiento fuerte, vivo, indeleble, que le inclina á conservarse, á evitarse males y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instinto de conservacion, deseo de la felicidad, anhelo de perfeccion, egoismo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento ecsiste; aquí dentro le tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos á la luz, hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es mas que una gran ley de todos los seres, aplicada al hombre; ley, que siendo una garantía de la conservacion y perfeccion de los individuos, contribu-

ye de un modo admirable á la armonía del universo. Bien claro es, que semejante sentimiento nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresion, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embarazarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades: la razon es óbvia; todo esto nos causa un cierto malestar, y á semejante estado se opone nuestra naturaleza: hasta el niño mas tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento; se enfada, forcejea, llora.

Ademas, si por una ú otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo; si por poco que sea, han podido desarrollarse algun tanto sus facultades intelectuales, brotará en el fondo de su alma otro sentimiento, que nada tiene de comun con el instinto de conservacion que impele á todos los seres; otro sentimiento que pertenece esclusivamente á la inteligencia; hablo del sentimiento de dignidad, del aprecio, de la estimacion de nosotros mismos, de ese fuego que brota en el corazon en nuestra mas tierna infancia, y que nutrido, estendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansion que tan inquietos, tan activos, tan agitados nos trae en todos los periodos de nuestra vida. La sujecion de un hombre á otro hombre envuelve algo que hierde este sentimiento de dignidad; porque aun suponiendo esta sujecion conciliada con toda la libertad y suavidad posible, con todos los respetos á la persona sujeta,

revela al menos á esta alguna **flaqueza** ó **necesidad**, que la obliga á dejarse cercenar algun tanto del libre uso de sus facultades; y he aquí otro origen del sentimiento de independencia personal.

Infiérese de lo que acabo de esponer, que el hombre lleva siempre consigo un amor á la independencia; que este sentimiento es comun en todos tiempos y paises, y que no puede ser de otra manera, pues que hemos encontrado su raiz en dos sentimientos tan naturales al hombre, como son el deseo de bienestar, y el sentimiento de su dignidad.

Es evidente que en la infinidad de situaciones física y moralmente diversas, en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán tambien variarse hasta lo infinito; y que estos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean susceptibles de muy diferentes graduaciones en su energía ó debilidad, y para que sean morales ó inmorales, justos ó injustos, nobles ó innobles, provechosos ó nocivos, y por consiguiente, para que puedan comunicar al individuo á quien afectan, mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así á la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, segun sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones, sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda tambien manifestado cómo deben resolverse

todas las cuestiones generales que se habian ofrecido con relacion al sentimiento de individualismo; echándose de ver tambien, que no es menester recurrir á palabras misteriosas, ni á esplicaciones poéticas, porque nada hay aquí que no pueda sujetarse á rigurosos análisis.

Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel y conservar esta, he aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos: es decir, que todo esto dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de todas las demas circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseñan la razon, y sobre todo la religion cristiana, y formareis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, ecsageradas, absurdas, tales como las esplican escuelas perversas, y como las propalan los tribunales de todos los tiempos y paises, y sembrareis abundante semilla de turbulencias y desastres.

Falta ahora hacer una aplicacion de esta doctrina, para que concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto, que por cierto no deja de ser muy interesante el modo con que figuran bajo este aspecto las riquezas del clero.

Si fijamos nuestra atencion sobre los pueblos que invadieron y derribaron el Imperio Romano, ate-

niéndonos á los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, á lo que de sí arrojan las mismas circunstancias en que se encontraban, y á lo que en esta materia ha podido enseñar á la ciencia moderna la inmediata observacion de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos alguna idea de cuál era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situados los bárbaros en su pais natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenian tambien sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religion, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio suelo, su amor á la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor á la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestion sobre el carácter que entre ellos tenian las formas de gobierno, y dando de mano á cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas y otros puntos semejantes; cuestiones todas que á mas de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario é hipotético, me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organizacion de la sociedad era entre ellos, cual debia esperarse de ideas rudas y supersticiosas, usos groseros y costumbres fe-

roces: es decir que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel que naturalmente debian haberle señalado tan imperiosas necesidades, como son, el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques, y que á la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guía sus confusos pelotones.

Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos á otros por su asombrosa multiplicacion, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo á la vista la abundancia y comodidades con que los brindaban espaciosas y cultivadas comarcas, sentianse á la vez acosados de grandes necesidades, y estimulados vivamente por la presencia y cercanía de la presa; y como que no veian otro dique que las flacas legiones de una civilizacion muéllle y caduca, sintiéndose ellos robustos de cuerpo, esforzados y briosos de ánimo, y alentados por su misma muchedumbre, despegábanse fácilmente de su pais natal, desenvolvíase en su pecho el espíritu emprendedor, y se precipitaban impetuosos sobre el Imperio, como un torrente que se despeña de un alto risco inundando las llanuras vecinas.

Por imperfecto que fuera su estado social, por groseros que fueran los lazos de que estaba formado, bastábales sin embargo á ellos en su pais natal, y en sus costumbres primitivas; y si los bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habria continuado aquella forma de gobierno, llenando á su modo su objeto, como á nacida que era de la misma

necesidad, adaptada á las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad, y enlazada con todo linage de tradiciones y recuerdos.

Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales para que pudieran ser trasladados sin quebrantarse, y sus formas de gobierno eran como se echa de ver tan acomodadas al estado de barbarie, y por consiguiente tan circunscritas y limitadas, que mal podrían aplicarse á la nueva situacion en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

Figuraos ahora á los bravos hijos de las selvas, arrojados sobre el Mediodia, como un leon sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone, y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivos corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego: figuráoslos un momento despues, engreidos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrudecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de men-

tira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desórden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuraos si podeis, ese desórden, esa confusion, ese caos; y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos todos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo.

Y entonces si fijais vuestra vista sobre el adusto hijo del aquilon, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fiereza; al encontrarse solo, aislado en posicion tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un oscuro recuerdo de su pais, sin haberse aficionado todavía al recien ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre, ¿no le veis, arrastrado de su impetuosa ferocidad, arrojarle sin freno donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas: y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiado por las inspiraciones de un corazon lleno de brio y de fuego, y por una fantasía ecsaltada con la vista de tantos,

tan nuevos y variados países por los azares de tantos viajes y combates, no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujecion, sacudir todo freno, y saborearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? ¿Y no encontrais aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica?

Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podia conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de guerra eterna y de vida errante, debia acarrear necesariamente la degradacion del hombre, y la completa disolucion de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un gérmen de civilizacion, que antes bien era lo mas á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; ahogando en su misma cuna toda sociedad, desbaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubiesen quedado de la civilizacion antigua.

Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirle y enflaquecerle, para obligarle á que se encerrase en estrechos límites, y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador, y que en nada cediese á su contrario, ni en estension, ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo habia invadido la barbarie; que contase

con un gran caudal de resistencia, con hondo arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzara á disiparle un ímpetu violento, y no se perdieran nunca las esperanzas de su prevailecimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas; y bien se echa de ver que era para este fin una combinacion muy á propósito, la union de los medios morales con los físicos, el hallarse la verdad divina y las llaves del cielo, en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no solo sufragasen para el bienestar é independencia, sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios, magestad y magnificencia. Así se concibe cómo pudo presentar la Iglesia una resistencia sorda, pero firme, inalterable, universal, que fatigaba, debilitaba, quebrantaba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones: así se concibe cómo el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociacion organizadora y civilizadora, tan vasta como compacta; que trabajaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio, y estimulada su debilidad humana por el acicate de los intereses propios. Aquellos adustos canonistas, que se asirian de una hebra para tener ocasion de declamar un poquito contra lo que apellidan abusos, codicia,

ambicion y otras semejantes lindezas, cuando al recorrer las épocas á que aludo, encuentran á los Concilios muy ocupados en la conservacion de los bienes de la Iglesia, y se escandalizan seguramente de miras tan *terrenas*, notando con desagrado la severidad de algunas medidas, y la repeticion de amonestaciones y prohibiciones con respecto á usurpar las propiedades de la Iglesia, recuerden lo que acabo de observar, noten lo que voy á decir, y entonces serán mejores canonistas porque serán mas filósofos.

El clero defendia con firmeza, con teson, y hasta con calor sus bienes, es verdad; pero las sociedades reconstruidas sobre las ruinas del Imperio Romano, deben quedarle agradecidas para siempre, por esa misma resistencia y firmeza; y una sana filosofia jamas encontrará aquí nada de que pueda lamentarse, porque nunca se vieron mas admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad, como son, el respeto á las propiedades, el acatamiento á las leyes, la creacion, conservacion y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organizacion de un poder público; en una palabra, todas las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilizacion y de cultura.

A no habernos favorecido la Providencia con una combinacion tan feliz, tan benéfica, tan fecunda en grandes resultados, hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilizacion antigua, y amalga-

mados en torpe mezclanza los pueblos bárbaros con otros pueblos afeminados y caducos, estendiendo su tosco y negro velo la mas grosera ignorancia, pululando por todas partes la mas informe supersticion, desarrollándose al propio tiempo la corrupcion mas espantosa, enervados y enflaquecidos tambien con el contagio los adustos invasores, habrian presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se pinta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energía y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta, y los groseros modales del hombre bárbaro.

Y cuando algun tiempo despues la invasion sarracena vino á amenazar á la independenciam de Europa, ¿quién la hubiera resistido? ¿Qué dique hubiera encontrado el engrandecimiento de aquel pueblo, que contaba á la sazón con el ascendiente que le daban su mayor saber y cultura, con los inmensos recursos que le ponía en la mano su vasta dominacion, con el aliento que le inspiraba su número, con el engrimiento de una serie de victorias, con la emprendedora osadía que le comunicaba el rápido progreso de su grandeza, y con aquella frenética energía con que le animaba su ardiente fanatismo? A buen seguro que no pudiera mantenerse la independenciam de Europa en lucha con poder tan colosal; hubiera sucumbido bajo la dominacion de la Media Luna, y el Islamismo triunfante hu-

biérase quedado tranquilo en España, se habría establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el Mediodía de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida que habia recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos, no se descubre una sociedad que se degrada, que se envilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitación, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe, que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oido la palabra creadora.

¿Quereis saber si ecsagero, si con mi fantasía doy vida á un cadáver? mirad: habia pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo

hombre, y se precipitaba sobre el Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

V.

Ya se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos, segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resbaladizo; pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída, ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion continua contra sus riquezas, presentándolas como un gérmen de miseria y calamidades, como un vehículo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de despotismo, como un origen de desmedidas y monstruosas desigualdades en las